

# Apuntes sobre la Conciencia y el advenimiento de la fe en Newman.

P. Enrique Santayana Lozano C.O.  
FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO

He sido invitado a sumarme al homenaje dedicado al profesor D. Manuel del Campo Guilarte, al que personalmente tengo muchísimo que agradecer. Sé claramente que al participar en este homenaje el honrado soy yo, pero, si de algo vale, ofrezco algunos apuntes que tienen como horizonte el desarrollo de los estudios sobre la transmisión de la fe. Todos sabemos que este tema ha sido el objeto principal de los esfuerzos pastorales y académicos de don Manuel.

Estas páginas son parte de un estudio que, en el marco de la transmisión de la fe, quiere establecer la relación entre «conciencia» y «acto de fe», en la obra del beato Cardenal John Henry Newman, de la Congregación del Oratorio de san Felipe Neri de Birmingham.

«Conciencia» y «acto de fe» en Newman son asuntos que han llamado la atención de numerosos estudiosos. Aquí sólo deseo justificar su interés y ofrecer un primer análisis de la idea de conciencia en una parte muy limitada de la obra del Cardenal Británico, con el deseo de extender posteriormente el análisis al resto de su obra. Espero que al final del primer punto se entienda la pertinencia de un análisis tan particular.

## I. DOS ACLARACIONES PREVIAS. LA CONCIENCIA, UNA CAPACIDAD DE VERDAD OBJETIVA Y VINCULANTE CON CARÁCTER BIOGRÁFICO.

Para el hombre moderno y contemporáneo, hablar de conciencia es, prácticamente hablar de juicio propio, independiente de cualquier regla o principio distinto del «yo». Newman advirtió que éste es un falso concepto de conciencia<sup>1</sup> y el papa Benedicto XVI, como otros autores, ha señalado esta diferencia fundamental entre la concepción de Newman y la del hombre actual.

Dos declaraciones del papa, con un intervalo de diez años, manifiestan una percepción del tema que se ha consolidado en el pensamiento del santo Padre. En 1990 el entonces cardenal Ratzinger explicaba cómo el personalismo de Newman, construido a partir de la conciencia, «no representaba ninguna cesión al individualismo»<sup>2</sup>. Su dependencia de la conciencia «no significaba ninguna concesión a la arbitrariedad, sino justamente lo contrario»<sup>3</sup>:

Cada vez soy más consciente de que ella [la idea de conciencia en Newman] se revela de forma completa sólo en referencia a la biografía del Cardenal, que supone todo el drama espiritual de su tiempo. Newman, por ser hombre de conciencia, vino a ser un

---

<sup>1</sup> Cf. JOHN HENRY NEWMAN, «A letter to the Duke of Norfolk», en: *Id. Difficulties of Anglicans*, II (London, 1900) 248: «La Conciencia es la Voz de Dios, mientras que hoy día está muy de moda considerarla, de un modo u otro, como una creación del hombre». La conciencia no es el "capricho u opinión" del individuo, sino la "obediencia debida a la Voz Divina que habla en nosotros" (*Ibid.* 255). La traducción de los textos de esta nota está tomada de la edición española [*Carta al duque de Norfolk* (Rialp, Madrid 2005) 73. 79], no así los siguientes textos de esta misma obra, que faltan en la edición española.

<sup>2</sup> JOSEPH RATZINGER, «Discorso introduttivo alla III Giornata del simposio di Newman» (28, 4, 1990): *Euntes Docete* XLIII (1990) 431-436

<sup>3</sup> *Ibid.*

convertido. Fue su conciencia la que lo condujo desde los antiguos vínculos y las antiguas certezas hasta el interior del mundo católico, para él difícil y extraño. Justamente este camino de la conciencia es todo lo contrario a un camino de la subjetividad que se afirma a sí misma: es un camino de la obediencia a la verdad objetiva. La segunda etapa del camino de conversión que dura toda la vida de Newman fue, de hecho, la superación de la posición del subjetivismo evangélico, en favor de una concepción del cristianismo fundada sobre la objetividad del dogma<sup>4</sup>.

La segunda declaración del Papa es de diciembre de 2010:

La conciencia era la fuerza motriz que impulsaba a Newman en el camino de la conversión. ¿Pero qué se entiende con eso? En el pensamiento moderno, la palabra «conciencia» significa que en materia de moral y de religión, la dimensión subjetiva, el individuo, constituye la última instancia de la decisión. Se divide al mundo en el ámbito de lo objetivo y de lo subjetivo. A lo objetivo pertenecen las cosas que se pueden calcular y verificar por medio de un experimento. La religión y la moral escapan a estos métodos y por tanto están consideradas como ámbito de lo subjetivo. Aquí no hay, en último análisis, criterios objetivos. La última instancia decisiva sería por tanto sólo el sujeto, y con la palabra «conciencia» se expresa precisamente esto: en este ámbito puede decidir sólo el sujeto, el individuo con sus intuiciones y experiencias. La concepción que Newman tiene de la conciencia es diametralmente opuesta. Para él «conciencia» significa la capacidad de verdad del hombre: la capacidad de reconocer en los ámbitos decisivos de su existencia, religión y moral, una verdad, la verdad. La conciencia, la capacidad del hombre para reconocer la verdad, le impone al mismo tiempo el deber de encaminarse hacia la verdad, de buscarla y de someterse a ella allí donde la encuentre. Conciencia es capacidad de verdad y obediencia en relación con la verdad, que se muestra al hombre que busca con corazón abierto. El camino de las conversiones de Newman es un camino de la conciencia, no un camino de la subjetividad que se afirma, sino, por el contrario, de la obediencia a la verdad que paso a paso se le abría. Su tercera conversión, la del Catolicismo, le exigía abandonar casi todo lo que le era querido y apreciado: sus bienes y su profesión; su título académico, los vínculos familiares y muchos amigos<sup>5</sup>.

Lejos de la concepción habitual de conciencia como el núcleo de una subjetividad aislada o cerrada sobre sí misma, para Newman, la conciencia pone al hombre en contacto con una verdad del todo objetiva.

La conciencia es un sentido espiritual que hace al hombre capaz de oír a Dios, como una realidad personal, que pide obediencia y que es digna de amor; cuyo amor es deseable como no lo es ninguna otra; capaz, por eso de llenar de alegría o de vergüenza el alma con solo dejar sentir su presencia; que, en virtud de su realidad personal es capaz de hablar, de dirigirse a otro; y que, en virtud de su excelencia, se manifiesta con autoridad, como quien manda, como quien felicita o como quien reprende. Digamos que Dios es el objeto de este sentido natural de la conciencia y lo es como realidad personal y como dignidad suprema y absoluta. Realidad personal con carácter de absoluto que Newman identifica con «el Creador», tal como harían los profetas bíblicos en lucha contra la idolatría.

Dependiente de esta capacidad de conocer al Creador, está también la capacidad de la conciencia de conocer su ley, la ley moral, sobre todo por la imposición clara en ella de un deber y de un juicio moral. En el conocimiento del deber moral y del juicio moral, el hombre conoce también la autoridad suprema que manda hacer o no hacer tal cosa o que juzga tal o cual acto. Normalmente se ha subrayado que el objeto de conocimiento de la conciencia en Newman es todo este aspecto moral, pero creo que el objeto moral de la conciencia está subordinado al conocimiento de Dios mismo, su verdadero objeto.

En la conciencia, más allá de toda demostración, más allá de todo argumento, se muestra sobre todo la evidencia de un ser personal que se manifiesta como bien supremo y

---

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> BENEDICTO XVI, «Discurso a la Curia Romana con ocasión de la Navidad» (20, XII, 2010): ASS 103 (2011) 33-41

que exige obediencia. «Conciencia no significa la obligatoriedad última de la intuición subjetiva. Es expresión del carácter accesible y de la fuerza vinculante de la verdad»<sup>6</sup>. Una autoridad que se muestra con la pretensión de soberanía sobre el hombre entero, también sobre el poder argumentativo de su razón. Y justamente por eso, la conciencia y la verdad que ella contempla, se muestra en Newman no sólo como una teoría o como la reflexión sobre una experiencia interior, sino como un camino que es recorrido, como una biografía. Así el concepto de conciencia en Newman va ligado a su propia vida: «Cada vez soy más consciente de que ella se revela de forma completa sólo en referencia a la biografía del Cardenal», hemos leído más arriba.

La capacidad de verdad objetiva y vinculante, por un lado, y su carácter histórico, por otro, son dos notas características de la idea que Newman tiene de conciencia y que me parecía necesario aclarar desde el inicio.

Un recorrido por algunos de los momentos más significativos de la vida de Newman nos haría evidente la indivisible relación entre pensamiento y vida en Newman y el carácter histórico y biográfico de la percepción de la verdad objeto de la conciencia. El pensamiento de Newman se purifica y se clarifica, se desarrolla y crece, al tiempo que lo hace su persona en el seguimiento de Cristo. Pero sobre todo es necesario destacar cómo la reflexión racional de Newman sobre la Iglesia y sobre el contenido de la fe, avanza en obediencia a la verdad que se le muestra en la conciencia. Por ello, para afrontar los temas fundamentales del pensamiento newmaniano es necesario ponerlos en relación con su biografía y vincularlos a su camino religioso y espiritual, analizándolos en cada una de sus etapas. En este sentido, pero subrayando su carácter biográfico, hago mías las palabras de Walgrave: «La conciencia es el núcleo fundamental del pensamiento de Newman y sus grandes temas son ramificaciones o prolongaciones de éste aspecto fundamental: el significado de la conciencia en la vida del hombre»<sup>7</sup>.

## II. CONCIENCIA y FE

Abordemos una visión panorámica de la relación de conciencia y fe en Newman. En primer lugar la conciencia aparece como un elemento de carácter propiamente religioso, más aún, como el principio de la religión, «un principio creativo de la religión»<sup>8</sup>. Ya he dicho que el objeto de conocimiento propio de la conciencia es Dios, como realidad personal, Creador y Legislador universal, que es término de una relación. La conciencia tiene un privilegio que desconoce la razón, ella no sólo da al hombre noticia cierta de la existencia de Dios, sino que lo pone ante él y en diálogo con él. «La conciencia es como un eslabón entre la criatura y su Creador»<sup>9</sup>.

En segundo lugar, la relación que Dios establece con el hombre en la conciencia, tiene un carácter fundamentalmente práctico. Allí se escucha la voz de Dios sobre todo como una orden de cara a la acción o como un juicio sobre las acciones precisas.

En tercer lugar, en la conciencia Dios no manda «razonando», por más que sus mandatos sean razonables, sino dejando sentir su autoridad. Los mandatos de la conciencia se fundamentan en la autoridad de quien los promulga. La conciencia pone al hombre ante el deber de la obediencia en virtud de la autoridad de quien habla. He aquí un cierto «aire de familia» entre conciencia y fe en el pensamiento de Newman.

En cuarto lugar, aunque es una capacidad del espíritu humano, «un elemento simple de nuestra naturaleza»<sup>10</sup>, «un elemento constitutivo de la mente»<sup>11</sup>, ella «viene de Dios y no

<sup>6</sup> BENEDICTO XVI, «Discurso a la Curia», 33-41

<sup>7</sup> J.H. WALGRAVE, *Newman, Le développement du dogme* (Paris 1957), 360.

<sup>8</sup> JOHN HENRY NEWMAN, *El Asentimiento Religioso* (Herder, Barcelona 1960), 121

<sup>9</sup> NEWMAN, *El Asentimiento Religioso*, 128

<sup>10</sup> J. H. NEWMAN, *La fe y la razón. Sermones Universitarios* (Encuentro, Madrid 1993), 234

del hombre»<sup>12</sup>. Es esta una convicción de Newman desde sus primeros escritos<sup>13</sup>. La conciencia define no sólo la naturaleza del hombre, sino que pertenece a la persona de tal forma que la confiere su carácter propio. Pero aún así es de carácter trascendente.

Uno de los textos que mejor resume la idea de que la conciencia es una realidad trascendente es el que encontramos en *Calixta*, una de sus novelas. Dice allí la protagonista:

Yo siento a Dios dentro de mí, siento que estoy en su presencia. Me dice «haz esto, no hagas lo otro». Tú dirás que ese dictado no es más que una ley de mi naturaleza como llorar o reír. Pues yo eso no lo entiendo. No; es el eco de alguien que me habla a mí. Estoy absolutamente convencida de que en último término procede de una persona externa a mí. Y trae consigo la prueba de su origen divino. Mi ser va hacia ella como hacia una persona. Cuando obedezco a ese eco, a esa voz, siento una satisfacción. Cuando no, siento dolor, amargura, pena; la misma alegría y el mismo dolor que siento cuando agrado y ofendo a algún amigo entrañable. Ya ves, Polemo, que creo en más que un "algo". Creo en lo que es más real que el sol, la luna, las estrellas, la tierra con todas sus bellezas y la voz de los amigos. Tú dirás «¿y quién es?, ¿te ha dicho algo él acerca de sí mismo?». Pues, ¡no!, y esa es mi desgracia. Pero por no tener más que eso no voy a tirar por la borda lo que tengo. Si hay un eco, es que hay una voz, y alguien que habla. Y ese alguien que habla es a quien yo amo y reverencio [...] ¡Ojalá pudiera encontrarle! Lo busco a tientas por todos lados, pero no lo toco [...] Ese alguien a quien yo busco y no veo, ¿es vuestro Júpiter, o César, o la diosa Roma? Ninguno de ellos es imagen de ese guía interior mío. Sólo a él ofreceré sacrificios.<sup>14</sup>

En virtud de su origen divino, y caracterizada como esta voz de Dios en el alma, la conciencia, en muchos de los textos de Newman, deja de ser presentada como una «capacidad» y se muestra sencillamente como el genuino «representante» de Dios en el hombre, más aún, como el genuino vicario de Cristo: «La Conciencia es la Voz de Dios [...]. Es un Mensajero de Dios, que tanto en la naturaleza como en la Gracia nos habla desde detrás de un velo [...]. Es el más genuino Vicario de Cristo, un profeta en sus mensajes, con autoridad perentoria como la de Rey; un Sumo Sacerdote en sus bendiciones y anatemas»<sup>15</sup>. Este considerar la conciencia más allá de una capacidad relacional, lleva a la afirmación de una cierta presencia inmanente de Dios en el hombre.

Ahora podemos establecer algunos puntos de relación entre conciencia y fe. Principio de relación personal con Dios, carácter práctico y una pretensión total sobre el hombre en virtud de la autoridad de quien la promulga y, con ello, su origen divino, son elementos que caracterizan la conciencia newmaniana, pero también son elementos que caracterizan la fe.

También la fe es principio de relación con Dios, en cuanto don de Dios y respuesta del hombre a su revelación, y es el principio fundamental de la religión revelada. Y de la misma forma que la conciencia, que tiene el poder de poner al hombre frente a su Creador, también la fe tiene esta capacidad, aunque con una eficacia desconocida para la conciencia antes del advenimiento de la fe.

También la fe tiene un carácter práctico, por el cual nace como un acto de obediencia a la Palabra de Dios, como se ve en la llamada de Abraham y su primer acto de fe (Gn 12,1-4) o en la Anunciación (Lc 1,26-38).

También la fe tiene una pretensión de totalidad sobre el hombre. Es la pretensión que muestra Dios en la revelación veterotestamentaria (Gn 12,1); la que muestra Jesús ante los hombres (Mt 10,21); la que lo coloca, para asombro de todos, en continuidad con el Dios de Abraham (Jn 10,33) y provoca bien la confesión (Jn 11,26-27), bien la negación (Mt 26,65).

---

<sup>11</sup> NEWMAN, *A letter to the Duke of Norfolk*, 248

<sup>12</sup> *Ibid.*, 248

<sup>13</sup> Cf. JOHN HENRY NEWMAN, *Sermones Parroquiales I* (Encuentro, Madrid 2007), 41,

<sup>14</sup> J. H. NEWMAN, *Calixta* (Encuentro, Madrid 2010), 266-267

<sup>15</sup> NEWMAN, *Carta al Duque del Norfolk*, 73.74-75 (Edición española)

También la fe tiene un origen divino, en cuanto que es respuesta a la revelación de Dios y en cuanto que ella misma es un don de Dios.

Pero, sin duda, la gran prerrogativa de la fe, es para Newman su eficacia, a la que ya hemos aludido. La fe lleva al hombre a la participación en la vida de Dios, introduce al hombre tras la muerte en la Trinidad. Y ya antes, al creyente que aún peregrina en la tierra, le otorga una presencia real de la Trinidad en su alma. La inhabitación de Dios en el alma creyente es una de las verdades más apreciada por Newman desde su juventud. Aún anglicano unió el valor de esta verdad con el de la presencia real de Cristo en la Eucaristía<sup>16</sup>. Ahora, este gran don de la fe, la participación definitiva de la vida de Dios y la inhabitación, tiene en la conciencia su fundamento natural, porque también ella es capaz de entrar en relación con Dios, aunque desde luego no alcanza una participación en su vida, antes de la fe. Y también a través de ella, como desde detrás de un velo, como si fuese un eco o una voz, el hombre posee una presencia de Dios, que lo empuja a buscar una relación y una presencia más plena.

Todas estas consideraciones generales nos muestran diversos aspectos concomitantes entre la conciencia y la fe. A partir de aquí podríamos preguntarnos si la conciencia y la fe tienen una naturaleza común; si están en continuidad de tal forma que la obediencia a la conciencia es un presupuesto de la obediencia de la fe; podríamos preguntarnos qué papel juega la conciencia ante el anuncio de la revelación divina; si la conciencia se diluye en la fe cuando esta adviene en la persona y, si no es así, qué papel adquiere en ella. Ahora limitaremos nuestro comentario, siguiendo el esquema anunciado, al primer volumen de los sermones parroquiales de Newman, aunque nos permitiremos traer alguna otra referencia.

### III. «CONCIENCIA» EN EL PRIMER VOLUMEN DE LOS SERMONES PARROQUIALES<sup>17</sup>

#### 1. EL OBJETO DE LA CONCIENCIA: EL ALMA ANTE DIOS

La conciencia está ligada a la percepción del alma y de ésta ante Dios, que la creó. Este es el objeto propio y directo de la conciencia: Dios y el alma en relación. Es un conocimiento del «yo», del alma, en cuanto está ante Dios y un conocimiento de Dios, su creador que está ante el «yo». «Comenzamos entonces a percibir, cada vez más, que sólo hay dos seres en todo el universo: nuestra propia alma y el Dios que la hizo. ¡Sublime, insospechada y a la vez certísima verdad!»<sup>18</sup>.

Con la precepción de Dios frente a sí mismo el hombre se percata de que ninguna otra realidad personal, ni siquiera los amigos y los familiares, pueden tocar o acompañar verdaderamente el alma: «Realmente, no alcanzan a nuestra alma ni penetran nuestros pensamientos ni son realmente nuestros»<sup>19</sup>. La percepción íntima de la conciencia es la

---

<sup>16</sup> Dos ejemplos que resumen perfectamente estas verdades tan queridas para Newman: JOHN HENRY NEWMAN, *Sermones Parroquiales IV* (Encuentro, Madrid 2011) 198; Y *Id.*, *El Asentimiento Religioso*, 417-418.

<sup>17</sup> El primer volumen de los Sermones Parroquiales recoge un sermón de 1825, otro de 1826, cuatro de 1829, dos de 1830, doce de 1831, cuatro de 1832 y dos de 1833. Son fechas importantes para enmarcar la obra. Y cuando Newman lo publica, en marzo de 1834, el movimiento de Oxford ya ha echado a andar. Dada la implicación y el liderazgo de Newman en el movimiento, podemos suponer que al pensar en su publicación y al seleccionar sus sermones, seguiría como criterio las ideas tractarianas que él impulsaba. Además la mayor parte de los sermones son de 1830 en adelante, cuando ya las ideas que germinarán en el movimiento de Oxford empiezan a ocupar su mente.

<sup>18</sup> JOHN HENRY NEWMAN, *Sermones Parroquiales I* (Encuentro, Madrid 2007) 57

<sup>19</sup> *Ibid.*, 58

percepción de una realidad personal que se convierte en una compañía verdaderamente querida.

Ahora bien, la presencia de Dios en la conciencia no es plena y definitiva. Es como la presencia de una voz, no la presencia misma de aquel que la emite. Eso explica por qué en otros lugares se habla del impulso que la conciencia imprime al alma para que busque fuera de sí el origen de la voz que escucha en su interior<sup>20</sup>; y explica también cómo Newman enlaza conciencia y revelación: la voz de la conciencia impone una búsqueda de Aquel que la pronuncia, el mismo que sale al paso en la revelación. La conciencia con la búsqueda a la que lanza el alma, no hace sino prepararla al don de Dios y darla la clave para reconocer la verdadera revelación, porque quien se acostumbra a escuchar la voz de la conciencia se capacita para reconocer esta misma voz en la Escritura.

Si preguntamos cuál es la imagen que la presencia de Dios deja en la conciencia, encontramos una respuesta que se repite: es la «presencia de Dios en nosotros como Gobernante y Juez [...] que nos manda servirle y nos dice cómo hacerlo»<sup>21</sup>. Ya lo habíamos anunciado: Dios se manifiesta a través de la conciencia mandando hacer o no hacer cosas concretas y juzgando sobre actos concretos: Gobernante y Juez.

Y si preguntamos sobre las noticias que la conciencia da al hombre sobre sí mismo, la primera es que el “yo” está ante su Creador, que le habla y establece relación con él. Y ésta es su verdad más honda y determinante. En segundo lugar, la conciencia le da noticia de sus deberes para con él. Estos deberes están en relación no sólo con la excelencia de su Creador, sino también con nuestro destino en el plan de Dios. Y esta es una tercera noticia que la conciencia da al hombre, aunque sólo se completará con la revelación: «la visión más verdadera de nuestro lugar en el grandioso plan de la providencia»<sup>22</sup>.

## 2. EL ORIGEN DIVINO DE LAS NOTICIAS DE LA CONCIENCIA

Dios es el origen de las ideas que al hombre le llegan por medio de la conciencia. Por eso merecen confianza:

Estas son las ideas en que podemos confiar sin peligro: las que nos llegan a través de la Conciencia, porque vienen de Dios. Quiero decir la certeza de que existe un bien y un mal, que unas cosas se deben hacer y otras no; que tenemos deberes, cuyo incumplimiento provoca remordimiento; que Dios es bueno, sabio, poderoso y justo y que debemos intentar obedecerle. Todas estas ideas, y otras muchas como éstas, llegan por conciencia natural, esto es, se nos han impreso a todos en el alma desde nuestros años tempranos, sin esfuerzo. No proceden del mero ejercicio del espíritu aunque es cierto que él las forma y las refuerza. Proceden de Dios, contando con nosotros o sin contar, y aunque no podemos confiar en ellas absolutamente como en la Biblia, porque las verdades de la Biblia están por escrito y no pueden perderse ni alterarse, sin embargo [...] podemos confiar en ellas y aprovecharlas sin caer en el pecado de la arrogancia. Estas ideas que obtenemos sin esfuerzo nunca nos harán orgullosos o petulantes porque llevan siempre aparejado un sentimiento de pecado o de culpa, porque somos conscientes de que las hemos transgredido y quebrantado. Confiar en estas ideas no es falsa sabiduría, ni necedad, porque provienen de Dios que todo lo sabe. Y lejos de llevar al hombre al error, le llevarán, si es obediente, desde la certeza a una fe firme en la Escritura, donde encontrará abundantemente confirmadas, completas e ilustradas, todas esas vagas conjeturas e imperfectas nociones sobre la verdad que su propio corazón le ha mostrado<sup>23</sup>.

Este párrafo aglutina muchas de las cosas que hemos dicho y que diremos a partir de aquí: 1. Se alude a la conciencia como «conciencia natural», es decir, elemento constitutivo

<sup>20</sup> Cf.: *Id.*, *Sermones Parroquiales II* (Encuentro, Madrid 2007), 40

<sup>21</sup> NEWMAN, *Sermones Parroquiales I*, 58

<sup>22</sup> *Ibid.*, 56-57

<sup>23</sup> *Ibid.*, 213-214

de la naturaleza humana; 2. Por tres veces en el mismo párrafo se dice que las ideas de la conciencia vienen de Dios y que no son producto del hombre, aunque el espíritu humano las dé forma y las refuerce; 3. Se habla de la confianza que podemos dar a estas ideas en virtud de su origen; 4. Del contenido de estas ideas que llegan a la conciencia; 5. Del sentimiento de culpa que acompaña la admonición de la conciencia y cómo éste sentimiento nos defiende de la soberbia; 6. Y de la relación de la conciencia con la revelación atestiguada en la Escritura, relación entre la obediencia a la conciencia y la fe en la Escritura.

### 3. EL DESARROLLO DE LA CONCIENCIA

En el segundo sermón del volumen Newman describe el proceso general por el cual el hombre llega a percatarse de que tiene alma y de que está ante Dios. Aquí sus anotaciones tienen un doble interés: primero, da la impresión de que hay mucho contenido autobiográfico; segundo, nos da pistas para una pedagogía de la conciencia en el camino de la fe. He aquí los pasos de este itinerario:

- a. El punto del que partimos es la inconsciencia. El hombre no conoce más que lo que le rodea y si atina a imaginar algo tras la muerte, «imagina de nuevo esta vida... como los paganos que sólo alcanzaban a imaginar la felicidad de los bienaventurados como un disfrutar del sol, del cielo y de la tierra de aquí abajo, sólo que más espléndidos que ahora»<sup>24</sup>. «Miramos desde nosotros mismos a las cosas que nos rodean y, en ellas, nos olvidamos de nosotros mismos [...] no percibimos nuestra fuerza real»<sup>25</sup>.
- b. Pero «cuando Dios comienza a ganarnos para una visión más verdadera de nuestro lugar en el grandioso plan de su providencia y cuando nos visita se produce una conmoción dentro de nosotros. Se impone a nuestra mente la relatividad y debilidad de las cosas de este mundo; nos percatamos que hacen promesas que no cumplen [...] Buscamos algo que no sabemos bien lo que es, pero estamos seguros de que el mundo no nos lo ha dado»<sup>26</sup>.
- c. Luego: comenzamos a observar el cambio constante del mundo, al tiempo que nos damos cuenta de que nosotros seguimos siendo los mismos; las cosas nos defraudan; las desgracias, cuando nos alcanzan, nos ayudan a comprender mejor la nada de este mundo.
- d. «Aprendemos a desconfiar de él [de este mundo] y nos desengañamos de su amor, hasta que al final lo terreno se convierte para nosotros como en un velo superfluo que flota ate los ojos y que, a pesar de sus colores, no logra esconder lo que se ve más allá. Comenzamos entonces a percibir, cada vez más, que sólo hay dos seres en todo el universo: nuestra propia alma y el Dios que la hizo. ¡Sublime, insospechada y a la vez certísima verdad!»<sup>27</sup>.
- e. Entonces uno se peca de que ninguna otra realidad llega a la tocar o a acompañar verdaderamente el alma, ni siquiera la de los amigos y familiares: «Realmente, no alcanzan a nuestra alma ni penetran nuestros pensamientos ni son realmente compañeros nuestros»<sup>28</sup>.
- f. Se impone la «presencia de Dios en nosotros mismos como Gobernante y Juez que habita en nuestro interior mediante la conciencia que es su representante [...] la luz de Dios escrita en nuestros corazones que nos manda servirle, nos dice cómo hacerlo, y la Sagrada Escritura completa los preceptos incoados por la naturaleza»<sup>29</sup>.

---

<sup>24</sup> *Ibid.*, 56

<sup>25</sup> *Ibid.*, 56

<sup>26</sup> *Ibid.*, 56-57

<sup>27</sup> *Ibid.*, 57

<sup>28</sup> *Ibid.*, 58

<sup>29</sup> *Ibid.*, 58. También en el sermón 8 se describe el crecimiento en la vida cristiana de aquellos que desde la infancia se acostumbran a obedecer a Dios en la conciencia. Cf., *Ibid.*, 122-130

#### 4. LA CONCIENCIA COMO PRINCIPIO DE LA RELIGIÓN:

En la *Gramática del Asentimiento*, ya en la madurez de su pensamiento, Newman afirma que la experiencia de pecado está en el comienzo del desarrollo de la «religión natural»<sup>30</sup>. Y que ésta no es más que la incoación del cristianismo<sup>31</sup>. La conciencia de pecado es necesaria para que el hombre descubra la necesidad de salvación y se abra al don de Dios. Es una idea que está presente desde el inicio, si bien es cierto que los matices variarán desde unos tonos más cercanos a la postura calvinista hasta su posición católica definitiva.

En el volumen que examinamos ahora, la idea aparece curiosamente en el sermón con la datación más temprana de toda la colección, de 1825: «La doctrina sobre el perdón de los pecados y la regeneración del pecado no se puede entender sin saber qué es el pecado; es decir, sin conocer el propio corazón... si no sabemos cómo es nuestro corazón y qué es el pecado tampoco conoceremos a Dios... Dios nos habla primero en el corazón»<sup>32</sup>. La conciencia nos hace conocer la realidad del pecado. Y este conocimiento del pecado tiene un papel fundamental para la religión natural y para el cristianismo. Sin él nuestra adhesión a la fe es sólo adhesión a palabras, no a una realidad y, por tanto, inconsistente. El conocimiento del pecado está ligado en Newman a la denuncia de la conciencia.

Es, por tanto, la conciencia la que denuncia al hombre su pecado como pecado, es decir como acto de desobediencia a Dios y que Dios repudia. Este es un asunto de gran importancia, porque Newman piensa en el pecado no como la ruptura de una norma, sino como un acto de ofensa y desobediencia a Dios. La visión del pecado como ruptura de una norma, junto a la reducción de la norma moral al mundo subjetivo, transforma la idea de pecado en «incoherencia moral». Newman está en las antípodas de esta visión, para él el pecado no es un asunto del sujeto cerrado sobre sí con su propia norma, sino una infidelidad, que afecta al diálogo del hombre con Dios.

La diferencia entre conciencia de pecado y de incoherencia moral se manifiesta también en los distintos sentimientos que provocan. Aunque se den conjuntamente hay que distinguir tres tipos de sentimientos. Por un lado los de decepción: el pecado conlleva una decepción para un alma despierta, porque el pecado siempre traiciona, nunca da todo lo prometido. Esta experiencia tiene que ver con la mentira que se esconde tras el pecado, pero también con algo de estructural en la naturaleza humana, que la impide «descansar» en los seres creados. En segundo lugar está el sentimiento de fracaso o de decepción de sí mismo, decepción ante la propia incoherencia, ante la propia debilidad, ante la humillación de verse a los pies de lo que es más bajo. En tercer lugar aparecen los sentimientos de vergüenza y de culpa ante Dios. Es el que más nos interesa aquí y tiene que ver con la realidad personal del hombre, con su ser libre y en relación, con la conciencia y con la presencia de Dios que ella impone. Es con este sentimiento con el que la conciencia despierta en el hombre el conocimiento interior de pecado.

#### 5. LA CONCIENCIA COMO EL FUNDAMENTO DE LA FE

La percepción íntima del propio ser como interlocutor de Dios y los deberes para con él, la realidad del pecado y la necesidad de salvación, cosas todas que infunde la conciencia, ponen al hombre en disposición de percibir que la revelación está en estrecha relación con lo más íntimo de su ser y sus necesidades. Quién ha sido despertado por su conciencia a la realidad de su verdadero ser en relación con Dios, al recibir la noticia de la revelación percibirá en ella no meras palabras, sino una realidad que le concierne: «Si

---

<sup>30</sup> *Id. El Asentimiento Religioso*, 417.

<sup>31</sup> NEWMAN, *El Asentimiento Religioso*, 416.

<sup>32</sup> NEWMAN, *Sermones Parroquiales I*, 74-75



recibes la verdad revelada sólo con los ojos y los oídos, no crees más que palabras, no cosas. Te engañas. Quizá pienses que tienes fe, lo cierto es que no sabes nada»<sup>33</sup>.

Tanto es así que el reconocimiento de Dios en la revelación y la respuesta de la fe, dependen de la respuesta del hombre a Dios en la conciencia: «Es un error suponer que nuestra obediencia a la voluntad de Dios se funda exclusivamente en nuestra fe en la palabra de las personas que la Escritura nos asegura que vienen de parte de Dios. Obedecemos a Dios principalmente porque realmente sentimos su presencia en nuestra conciencia, que nos empuja a obedecerle»<sup>34</sup>.

La verdadera libertad y responsabilidad del hombre frente a la conciencia implica consecuencias negativas reales para los que la desoyen: «nuestra alma se va endureciendo contra los placeres más puros, divinos y humanos. A medida que continúa nuestra carrera en el pecado, la desobediencia pasa a ser nuestro propio castigo»<sup>35</sup>. Entonces la voz de Dios deja de escucharse y su puesto lo ocupa el propio entendimiento: «En la medida en que nos apoyamos en nuestro propio entendimiento, nos vemos empujados a seguir haciéndolo, por falta de un guía mejor. Nuestro primer y verdadero guía, la luz de la inocencia, se va retirando de nosotros y nada nos queda sino ir a tientas y tropezar en lugares desiertos con la pálida e insegura luz de la razón»<sup>36</sup>.

El hombre puede consolidarse en esta posición moral: «Apegados al pecado, aman ser dueños de sí mismos y, por tanto no atenderán ese secreto susurro del corazón que les dice que ellos no son sus propios dueños, que el pecado es algo odioso y que trae la ruina»<sup>37</sup>. Quien se ha acostumbrado a obedecerse a sí mismo y se ha hecho ciego y sordo a esta voz de Dios dentro de sí, tampoco reconoce aquella Palabra que le llega en la Escritura, ni está dispuesto a perder su dominio para entregárselo a Dios y darle fe cuando éste se revela.

La obediencia a la conciencia lleva al hombre a aceptar con naturalidad la soberanía del Dios que se revela, pero la desobediencia conduce a la tiranía de la propia razón o de las pasiones: «la soberbia endurece el corazón y la sensualidad lo degrada»<sup>38</sup>. Con respecto a la idolatría de la razón es como si la obligación moral que se le impone primero desde la conciencia y luego desde la revelación la hiciesen trabajar dentro de sus propios límites, pero cuando este «dueño» no está, ella toma un lugar que no le es propio, el lugar de Dios. «Por eso satanás no emplea ninguna trampa más peligrosa (aunque sea corriente) que ésta de alejarnos de nuestras reflexiones íntimas y hacer que olvidemos nuestro propio corazón, que nos habla de un Dios justo y santo»<sup>39</sup>.

Para Newman las verdaderas dificultades al acto de fe no vienen de la razón, de la exigencia racional, entre otras cosas porque la fe religiosa es racional. El verdadero problema es el posicionamiento moral del hombre: «Les disgusta positivamente que les pida creer sin ver, prefieren confiar en sí mismos más que en Dios, aunque se les llegara a demostrar que Dios realmente les está hablando. Si vieran a Dios, si Dios se mostrara como aparecerá en el último día, se aferrarían a su míseros y desgraciados “yos”, y en la práctica serían desleales a la autoridad de Dios»<sup>40</sup>. De ahí que Newman, sobre todo en los sermones, no tenga como fin primero remover las dificultades racionales para la fe, mucho menos hacer una demostración racional de la existencia de Dios, sino remover la conciencia, despertar el conocimiento de sí, disponer al hombre para la obediencia a la propia conciencia y hacerlo así capaz de dar fe a la Palabra revelada: «Limitémonos a obedecer a Dios en nuestros corazones y me atrevo a decir que no habremos de tener en la

---

<sup>33</sup> *Ibid.*, 84

<sup>34</sup> *Ibid.*, 199-200

<sup>35</sup> *Ibid.*, 217

<sup>36</sup> *Ibid.*, 217; Cf. también la descripción del sermón 19: *Ibid.*, 243

<sup>37</sup> *Ibid.*, 200

<sup>38</sup> *Ibid.*, 222

<sup>39</sup> *Ibid.*, 294

<sup>40</sup> *Ibid.*, 198

práctica ninguna duda sobre la verdad de la Escritura. Encontrad a alguien que obedezca estrictamente la ley dentro de sí, sin creer en la Biblia: tiempo habrá entonces de considerar todas las pruebas que nos demuestran la verdad de la Biblia [...]. Nuestras dudas, si las tenemos, se verán que surgen después de la desobediencia»<sup>41</sup>.

La conciencia y la fe tienen, como se desprende de lo ya dicho, otro punto en común: la humildad. El conocimiento del pecado que es propio del hombre que escucha a su conciencia y no la acalla le hace humilde. Él sabe de lo lamentable de su estado y de la necesidad de ser salvado. Para este hombre el Evangelio es una luz, una luz que no elimina el misterio<sup>42</sup>. Sólo el humilde aceptará esta luz. Para apoyarse en la conciencia y en la revelación es necesaria la humildad, en contraposición con el hombre que todo lo confía a la conquista de su propia razón o de sus propias obras: «La fe es modesta, agradecida, obediente. Recibe con reverencia y amor lo que Dios le da cuando sabe que es don suyo. Pero cuando los hombres desconocen la necesidad que tienen de ser redimidos, lo arruinado de su condición y su tendencia innata al pecado, cuando no buscan a Cristo sinceramente para ganar algo y hacer algo, sino que lo hacen por pura curiosidad, o como especulación o por formalidad, por supuesto esas dificultades se convierten en graves objeciones para recibir su palabra con sencillez»<sup>43</sup>. Aquí aparece la conciencia no sólo como punto de apoyo en el advenimiento de la fe, sino también como su sostén constante en medio de la incertidumbre. Manteniendo al hombre en ante la voz originaria de Dios y en el conocimiento de sí mismo, protege al hombre de las tentaciones contra la fe<sup>44</sup>.

Pero la humildad en el camino de la obediencia es necesaria también por otro motivo: porque Dios, tanto en la conciencia como en la revelación no da el conocimiento de sí totalmente al hombre de una vez, ni ofrece al hombre el itinerario completo que ha de recorrer para alcanzarlo, sino sólo la luz que precisa en cada instante para dar el paso siguiente en su camino. Newman ilustra esta idea con el ejemplo del rey Josías. Según él, Josías guiado por la luz cierta pero pequeña que recibía de Dios en la conciencia, emprendió la labor de la reforma religiosa de Judá. Y esta actitud de obediencia a la luz cierta pero limitada que se le daba, le mereció la luz de la ley, cuando fue descubierto en las obras del Templo el libro del Deuteronomio: aunque «no tenía un conocimiento detallado de la ley [...] a los veinte años inició la reforma religiosa. Al comienzo, no teniendo los libros de la ley que lo pudieran ayudar, tomó como medida lo que le sugería la conciencia moral; y destruyó totalmente la idolatría. Se puso así en camino si saber dónde llegaría. Pero es norma de la providencia divina premiar a aquellos que obran con la luz que ya tienen»<sup>45</sup>. Es un texto de la plenitud de la época tractariana.

Fuera de los sermones encontramos otros textos magníficos de carácter autobiográfico que iluminan esta idea con notas que nos hacen comprender la poderosa vida de la fe de Newman<sup>46</sup> y la profunda humildad de un espíritu tan brillante.

Tal como anunciamos al principio de estas páginas, aunque el estudio es parcial, podemos establecer una clara relación entre conciencia y advenimiento de la fe, entre conciencia y revelación, entre la obediencia y la reverencia dada a esta presencia mediata de Dios en la conciencia y el acto de fe al Dios que se revela. Por lo dicho hasta aquí alguno

---

<sup>41</sup> *Ibid.*, 201

<sup>42</sup> *Ibid.*, 204: «La fiesta de la Trinidad sigue a Pentecostés; la luz del Evangelio no elimina los misterios de la religión»

<sup>43</sup> *Ibid.*, 209

<sup>44</sup> Cf. *Ibid.*, 211

<sup>45</sup> JOHN HENRY NEWMAN, *Parroquial Sermons* VIII, 98. En: VELOCCI, *Newman, La Coscienza*, 31.

<sup>46</sup> Un texto epistolar de 1829: JOHN HENRY NEWMAN, *Autobiographical Writings*, 5. En: JOSÉ MORALES, *Newman –1801-1890–* (Rialp, Madrid 1890), 52; El poema que se convertiría en el himno tractariano por excelencia, de 1833: *Id.*, *Verses on Various Occasions* (Longmans, London 1903) 156-157. Y otro texto epistolar dirigido a su querido amigo Henry Wilberforce: *Id.*, *Suyo con afecto –Autobiografía espiritual–*. Edición de Víctor García Ruiz (Encuentro, Madrid 2002) 119.

podría demandar a Newman si, con la continuidad que él establece entre conciencia y fe, no está limitando la posibilidad de una verdadera conversión de fe, como don de Dios y respuesta del hombre ante el acontecimiento realmente novedoso e inesperado de la revelación: ¿La revelación no pone al hombre en una posición frente a Dios totalmente distinta? ¿No sería «natural» que ante ella el hombre que no había dado muestras de interés religioso alguno, despertase a la novedad de aquel que se le presenta sin velos? La contestación tendrá que esperar por fuerza una lectura más amplia de la obra de Newman. Pero apunto que la respuesta está en relación con uno de los elementos más originales de la comprensión del acto de fe en Newman: que en sí mismo incluye un movimiento extensivo del espíritu humano. Es decir, que la fe no es sólo “respuesta”. Es una respuesta, pero no es una respuesta «automática», sino que la libertad que necesita la fe para ser un acto verdaderamente humano implica que en ella el hombre pone algo de sí mismo. En el reconocimiento de la verdad que se le presenta, el espíritu humano no se limita a comprobar los datos y reconocer lo que se le presenta de forma evidente, sino que él pone en juego algo de sí en este reconocimiento de la verdad.

Las implicaciones para la transmisión de la fe de estos asuntos son evidentes: la implicación de la libertad del hombre, de su conciencia, del conocimiento de sí y de los condicionamientos morales son elementos que es necesario tener en cuenta en la transmisión del Evangelio y en la educación cristiana.

Pero aún nos quedan dos cosas importantes que decir. La primera de ellas es la función de la conciencia como criterio interior capaz de reconocer la verdadera revelación. Si estudiamos las relaciones que Newman establece entre conciencia y Escritura se hace evidente esta otra función que la conciencia juega en el advenimiento de la fe: su capacidad para escuchar la voz de Dios la convierte en el criterio interior para reconocer, entre las muchas voces externas, la única Palabra de la revelación.

En primer lugar una revelación verdadera no puede repugnar ni a la razón ni a la conciencia: «Cuando en un país se habla mucho de religión y la gente pondera la general preocupación por lo religioso, las almas prevenidas sentirán enseguida el temor de que, en la práctica, se esté honrando una verdad falsificada; les dará miedo que se haya vuelto popular el sueño del hombre y no las verdades de la palabra de Dios, y que eso que la gente acepta no tenga en sí más verdad que la indispensable para no repugnar la razón ni la conciencia»<sup>47</sup>. En las últimas palabras se manifiesta esta primera función que permite ya desenmascarar una falsa revelación. Razón y conciencia son tribunales donde se puede y se tiene derecho a discernir la verdad de una posible revelación: ella no puede repugnar ni a la razón ni a la conciencia.

Pero el criterio y juicio de la conciencia llega más lejos. Lo primero que hay que decir para explicarlo es que las relaciones que Newman establece entre conciencia y Escritura parten del sencillo principio de que ambas tienen a Dios como origen<sup>48</sup>. Por eso ambas ofrecen testimonios concordantes sobre Dios. La conciencia tiene la preeminencia en el origen de la religión, aunque sólo la Escritura da el conocimiento de la revelación que supera el conocimiento que aporta la conciencia. La conciencia es «la luz de Dios escrita en nuestros corazones que nos manda servirle, nos dice cómo hacerlo, y la Sagrada Escritura completa los preceptos incoados por la naturaleza»<sup>49</sup>.

Ambas despiertan sentimientos parecidos que hacen al hombre consciente del propio pecado y su gravedad, provocando sentimientos de culpa y de vergüenza, al tiempo que hacen comprender la necesidad de un único posible Redentor. Pero la Escritura no para en los «sentimientos lúgubres» que comparte con la conciencia, sino que estimula la esperanza de la salvación, con la certeza de la bondad de Dios y la oferta de su perdón. Además la Escritura, en su objetividad, está a salvo del oscurecimiento con el que el pecado, la costumbre, la mala educación y los usos sociales pueden ensombrecer las noticias de la conciencia: «A nosotros se nos corrompe la conciencia, sí; pero las palabras de la verdad,

---

<sup>47</sup> *Ibid.*, 90

<sup>48</sup> *Cf. Ibid.*, 213-214

<sup>49</sup> *Ibid.*, 58

aunque se borren del alma, permanecen en la Escritura, brillantes en su eterna juventud y pureza»<sup>50</sup>.

Por otro lado la conciencia da noticias ciertas y dignas de crédito, sin embargo se trata de noticias incompletas, no lo dicen todo ni lo aclaran todo. Pero «lejos de llevar al hombre al error, le llevarán, si es obediente, desde la certeza a una fe firme en la Escritura, donde encontrará abundantemente confirmadas, completas e ilustradas, todas esas vagas conjeturas e imperfectas nociones sobre la verdad que su propio corazón le ha mostrado»<sup>51</sup>.

Así, también para discernir la verdadera revelación la conciencia es el tribunal que tiene la última palabra. Ella es «nuestro instintivo sentido del bien y del mal [...], guía interior»<sup>52</sup>. Es «nuestra mejor ciencia»<sup>53</sup>, «nuestro verdadero guía, la luz de la inocencia»<sup>54</sup>.

Por último, quisiera decir algo sobre la función de la conciencia como «sostén de la fe». Porque ella no sólo permite mantener despierto al hombre en la espera de la revelación o reconocer la Verdadera Palabra cuando se revela o adiestrar al alma humana en la humildad para la fe, sino que una vez que se dado el advenimiento de la fe, la conciencia tiene la capacidad de velar por su pureza y su vivacidad. Existe el peligro de convertir la religión revelada en una religión mundana<sup>55</sup> y de degradar la fe hasta que sólo reste una fe muerta<sup>56</sup>. Por ello la conciencia, también después del advenimiento de la fe, mantiene todas sus prerrogativas: su función de gobierno y de juicio.

Pero donde se deja ver toda la fuerza con que la conciencia vivifica la fe es la oración. La oración propiamente cristiana, y sólo ella, goza del privilegio de «tener libre acceso al trono de la gracia en todo momento por la mediación de su Señor y Salvador»<sup>57</sup>. Y en la oración, como fe en acto, es donde mejor se percibe la identidad de quien deja oír su voz en la conciencia y quien se revela y ha dejado el testimonio de su revelación en la Escritura y en la oración de la Iglesia. Donde la voz interior y la Palabra revelada ejercen toda su fuerza sobre el alma dispuesta a la obediencia para impulsarla y elevarla más allá de sí misma hacia la bendición de la vida bienaventurada. Así en un rápido comentario al salmo 27,8, escribe: «Servir a Dios tiene que ser bueno; dentro de nosotros hay una voz que responde al mandamiento del texto de esperar en él y guardar sus caminos. Lo dice David: “De ti dice mi corazón: busca su rostro. Tu rostro buscaré, Señor”. Es seguro que una espera obediente como esta obtendrá su bendición»<sup>58</sup>.

---

<sup>50</sup> *Ibid.*, 84

<sup>51</sup> *Ibid.*, 214

<sup>52</sup> *Ibid.*, 215

<sup>53</sup> *Ibid.*, 216

<sup>54</sup> *Ibid.*, 217

<sup>55</sup> *Ibid.*, 94-95

<sup>56</sup> *Ibid.*, 221-222

<sup>57</sup> *Ibid.*, 236

<sup>58</sup> *Ibid.*, 229